

GAZETA DE MADRID

DEL MARTES 2 DE JUNIO DE 1812.

DINAMARCA.

Copenhague 17 de abril.

Habiendo desaparecido enteramente de la circulación la moneda de vellón acuñada últimamente, y no pudiendo circular en virtud de la orden de S. M. del 6 de este mes moneda ninguna antigua de vellón ni de cobre, S. M. ha decretado que se acuñe una nueva moneda de un valor intrínseco menor que el de las antiguas. Estas piezas ó monedas serán de seis, quatro, tres y no sueldo, las cuales serán recibidas en todas las tesorerías del gobierno, y los particulares las admitirán en sus pagos para saldar los picos que no lleguen á un rixdaler.

Del 18.

Esta noche ha habido un gran incendio en esta ciudad; pero los mangueros, animados con la presencia de S. M., que acudió en persona al parage del incendio, consiguieron apagarlo.

PRUSIA.

Berlin 22 de abril.

En nuestras gazetas se han publicado los siguientes artículos.

Las autoridades del círculo de Arnswald estan sumamente reconocidas al regimiento 127.º de infantería de línea frances, y á la artillería de reserva, que llegó el 2 de abril á este círculo, por la conducta y miramientos que han tenido con sus habitantes en el momento en que la ciudad de Bernstein estaba ocupada con un gran número de tropas, y por consiguiente no podía suministrar á dicho regimiento ni acémilas ni forrages.

Los oficiales del primer escuadrón del segundo regimiento de húsares de Silesia han escrito desde Drebitz cerca de Grossen, con fecha del 4 de abril, al consejero de Hacienda Kuhlmann, dándole gracias por el buen recibimiento que han tenido en todos los estados pertenecientes á S. E. También han escrito á Mr. Simon, cirujano de Francfort del Oder, dándole gracias á todos los oficiales del batallón de cazadores de la Prusia oriental por la generosidad con que ha dado á cada uno de ellos una especie de vendage para las heridas, acompañado de una explicacion del modo de usar de él, y por haber dado á todos los soldados una instruccion por escrito sobre las precauciones que deben tomarse en las marchas, en los hospitales y quando estan heridos.

BAVIERA.

Munich 17 de abril.

Cada dia se aumenta el lustre, la poblacion y la prosperidad de esta ciudad. En el dia su poblacion se compone de 6600 almas. Nuestra galería ó museo de pinturas es sin disputa, exceptuando los de Paris y Dresde, uno de los mas escogidos y completos de Europa; sobre todo, la coleccion de quadros bizantinos ó de los griegos de la edad media es mui digna de atencion, como tambien varios quadros de la escuela alemana. Se aumenta cada dia mas y mas la coleccion de bustos de los hombres céebres de Alemania; coleccion que se empezó á hacer de orden del Principe Real de Baviera. El famoso escultor Dannecker está haciendo en el dia siete bustos, y uno de ellos es el del célebre compositor Gluck. El señor Christen, escultor comparable al primero, está haciendo tambien algunos, y ademas una Vénus Anadiomene de una especie de mármol mui hermoso, que se ha descubierto en el país de los grisenos.

ESPAÑA.

Madrid 1.º de junio.

La comision de socorros públicos ha repartido en la primera semana del segundo trimestre de sus distribuciones 11865 raciones, las 6055 de doce onzas de pan, y las 5810 de cinco quarterones de potage, en esta forma: las 8805 á los indigentes de esta capital, las 525 á los empleados en la comision, y las 2535 á los socorridos por los señores subscriptores.

Con arreglo á lo resuelto por S. M. se dará aviso al público de los socorros sucesivos.

A los redactores de la gazeta de Madrid.

No hai que cansarse, Doña Prudencia, me decia ayer mi amiga Doña Tecla, volviendo de paseo; le digo á vmd. que es una mala vergüenza que las españolas, teniendo tanta lengua de sobra, nos dexemos sepétear y nos estemos sin decir esta boca es mia. Y á nosotras ¿qué nos importa? le replicaba yo; dexémosles hablar, que ellos se cansarán; y luego por mas mal que digan de las mugeres, la nuestra ha de ser siempre la última, y de grado ó por fuerza han de venir á doblar la cerviz baxo nuestra coyunda. Bien está, me respondia mi amiga; eso mismo decia vmd. quando

aquel D. M. nos vino en la gazeta (1) dando por supuesto que las mugeres habían sido los principales motores de la revolución de España, y se ponía después á filosofar muy despacio para descubrir los motivos que podía haber habido para un fenómeno, que á él le parecía tan extraordinario. Entonces llamamos las mugeres contra mi consejo, y vea vmd. ahora cómo nos ponen; uno viene tratándonos de energúmenas; otro le aconseja que nos mate de hambre; y otro les dice á los dos que no saben lo que se pescan, y que lo que conviene es atacarse bien los calzones, y obligarnos á gritos á que pensemos como ellos.

Oían esta conversacion Doña Bárbara y Doña Beatriz, dos conocidas nuestras, que encontramos por casualidad al salir del Prado, y que venían con nosotras por la calle de Atocha arriba. La primera es muger de un agente de Indias, y con esto no hai que preguntar cómo pensará acerca de las cosas del día; pues desde que no hai frailes que secularizar, ni bastardos que legitimar, ni cruces que conseguir, ni buletos que impetrar para la otra banda, está la pobre señora que salta, y mas tiene que hacer hoy el bueno de su marido con los negocios domésticos que antaño con sus agencias ultramarinas. La Doña Beatriz es íntima de Doña Bárbara, y en todo piensa como ella: solterona entrada en días, áspera de condicion como todas, é intolerante, rezadora, y murmuradora como las mas.

Ustedes, señores redactores, no conocerán tal vez á mi Doña Bárbara ni á mi Doña Beatriz; pero esto no importa, pues hai en Madrid tantas Bárbaras y Beatrices, que por fuerza han de conocer vmds. algunas que se les parezcan.

Luego que Doña Bárbara se enteró de la conversacion que tríamos, dixo, haciéndose aire con el abanico con mucho desenfado: A la verdad, mi señora Doña Tecla, que es bien extraña la delicadeza que vmd. manifiesta. ¿Por qué hemos de hacer caso nosotras de las bachillerías de los traidores? ¿qué dicen? ¿que las mugeres de Madrid somos insurgente? á mucha honra. ¡Ay lo fueran todas las mugeres de España! ¿Qué mayor satisfaccion para nosotras que el que sepan los *nuestros* que pueden contar con las madrileñas, y que si no con las armas, les ayudamos con las lenguas? Vaya, vaya, señora: ¿quién hace caso de afrancesados? ya se ve, ¿qué han de decir ellos? Como ven los cuitados que no pueden con los hombres, la han tomado ahora con las mugeres; pero yo les aseguro que si todas fueran como yo, habian de llorar en lugar de reír á costa nuestra. ¡El españolito de buena pasta! ¡El médico taimado de la dieta y de los epítafios! ¡pues no digo nada el otro D. Fanfurrínas, que se nos viene echándola de marido, y subiéndose los calzones hasta los sobacos! ¡Buenos españoles serán ellos! ¡por estos y por otros como estos está perdida la España! Yo les prometo que si hubieran tropezado con la hija de mi madre, no me habia de llamar yo Doña Bárbara de Salobreña y Cardoso, si con toda su pasta y su cuajo y sus fieros y sus recetas no los ponía en quatro dias delgados como un hilo, y suaves como un guante. ¡Picarones! ¡llamar bruxas á las mugeres porque no son

traidoras! ¡Alegarse de que se mueran, quando son buenas cristianas! ¡y lo peor de todo incitar á los maridos á que sean amos de su casa, y que no haya mas voz que la suya! ¡Que no me haya dado Dios por marido á uno de estos guapos!

Y yo digo, saltó Doña Beatriz, que vmds. tienen la culpa de tomar esos enfados, y que vmds. dan alas á esos pícaros para que nos insulten. Si vmds. hicieran como yo..... dos años hace que no leo la gazeta, y desde que mi confesor me dió este consejo, me va tan grandemente, pues con eso no oigo mas noticias que las que me acomodan, y me ahorro de que me apesadumbren y perviertan. ¡Bueno fuera por cierto que diese yo mi dinero para pagar picardías é injurias! No, señoras, mientras Dios me conserve el juicio, no se han de regodear ellos con las pesetas de Doña Beatriz de Séqueira. Hasta aqui he leído el diario, y eso no todos los días; pero como dé en la gracia que ahora ha descubierto, de ser tambien traidor, no entrará él por mis puertas. ¡Vean vmds. qué infamia, ir á poner una sarta de heregias y de embustes al lado de las quarenta horas en lugar de la vida del santo del día! Nada, lo que dice el bendito de mi frai Gaspar: ellos á predicar, y nosotros á cerrar los oidos, veremos quien se cansa primero.

Yo estaba en brasas, cosiéndome con mi amiga y clavándola con la vista, temblando de que como es algo pelillosa y poco sufrida, no se le hinchasen las narices, y que con los modales de Doña Bárbara y la lengua mordaz de Doña Beatriz, escandalizásemos la calle; y ya tenia discurrido un pretexto para apartarnos de tal compañía, torciendo por la calle de Leon, quando Doña Beatriz me sacó del apuro, diciendo á su amiga: Adelantémonos nosotras, Doña Bárbara, que estas señoras parece que van despacio, y me temo que no hemos de llegar á S. Sebastián á tiempo de reservar.

Id benditas de Dios, dixo Doña Tecla luego que se apartaron, que de veras no sé cómo he tenido paciencia para aguantar tales necedades. Vea vmd. ahí, Doña Prudencia, lo que yo digo, por unas perdemos todas; estas y otras como estas son causa de que los hombres tengan la opinion que tienen de nosotras. No sé si ira, no es justo que calleemos, y que dexemos que miren nuestro silencio como una confesion de nuestro poco juicio. ¡Ah! ¡si yo supiera poner la pluma como vmd., tiempo hace que estaríamos ya justificadas de esta calumnia! Vámonos, Doña Prudencia, me decía apretándome las manos, no hai remedio, es preciso que vmd. me dé este gusto: hágalo vmd. por mí, y por el honor de nuestro sexo, y dígasles á esos señores, que no vengan echándonos la culpa de los disparates que ellos solos han cometido, y que si hai mugeres engañadas, ellos son los que las han seducido.

¿Qué querian vmds. que respondiese yo á un rogar tan porfiado? Prometí á mi amiga cumplirle su deseo, y me obligué á salir á la lid á hacer armas con los detractores de nuestro sexo; y vean vmds. aqui, señores redactores, á una pobre muger que va á esgrimir la pluma contra tres hombres. Ardua es la empresa y poco comun en las damas españolas; pero tengo á mi favor la justicia de la causa, porque en efecto yo estoy en que mi amiga Doña Tecla tiene mucha razon.

(1) Gazeta de Madrid del miércoles 21 de febrero de 1810.

Vmds., quiero decir los detractores de las mugeres, entran suponiendo como cosa demostrada, que nosotras hemos abrazado esta revolucion con mas calor que los hombres, y que desde el principio hemos estado mas furiosas, mas tercas, mas obcecadas, y para decirlo todo de una vez, mas *empecinadas* que no ellos; dicen tambien que este es un fenómeno propio y peculiar de esta revolucion de España, y tras esto se ponen á exâminar qué motivos podemos haber tenido para tomar con tal empeño esta guerra civil contra la natural pacifica inclinacion de nuestro sexô. Pero exâminemos con imparcialidad si semejante suposicion tiene fundamento.

Las mugeres entraron con mas furor que los hombres en esta revolucion. Pues yo preguntaré á estos señores: ¿fueron mugeres las que fraguaron, movieron y executaron el motin de Aranjuez? ¿Fueron ellas las que alborotaron y saquearon á Madrid el dia de S. Josef? ¿Las proclamas de las juntas, los libelos, xacaras y paparruchas con que despues se procuró embaucar al pueblo, fueron mugeres las que los escribieron y forjaron? Yo bien sé que los disparates, delirios y niñerías de la funesta junta central fueron tales que ni de dueñas; pero no hai que atribuirnoslos á nosotras, pues por hombres y mui hombres se tenian los que formaban aquella fatal asamblea. Si despues no vimos en Búrgos la nube que venia sobre nosotros, si huimos en Tudela, si no supimos defender á Somosierra, si emprendimos la ridicula defensa de Madrid, si perecimos en Medellin, si nos dexamos cazar como moscas en Uclés y en Ocaña, si abandonamos el dificil paso de Despenaperros; en fin, si hemos ido perdiendo todas las plazas, y extenuándonos y consumiéndonos en refriegas inútiles y batallas imprudentes, que digan estos señores si eran mugeres las que lidiaban, y si las faldas defendian las murallas. ¿Hemos llamado nosotras á los ingleses para que nos destruyan, ni formado las partidas de bandidos para que nos desmoralicen y saqueen? Las venganzas pueriles, las contiendas ridiculas, y los planes y proyectos descabellados que estamos viendo desde el principio de estas revueltas, cosas parecen de mugeres, pero no son ellas las que las suscitan, promueven y executan.

Pero dirán vmds. que nosotras incitamos á los hombres. Poco favor se hacen por cierto los que así lo digan, pues ademas de que es ya confesarse reo buscar á quien echar la culpa, ¿no dicen que la causa es tan justa, y la injuria tan notoria, que hasta los niños la conocen? ¿Pues qué necesidad hai de hacer cómplices del encono á las pobres mugeres? Confiesen de buena fe los hombres que se engañaron ó se dexaron engañar; pero no digan que las engañadoras y aconsejadoras fuimos nosotras. Las mugeres sí que podrían quejarse con mucha razon de que los hombres les han comunicado el delirio que algunas han padecido y padecen. ¿Qué sabian ellas de revoluciones, ni de exércitos, ni de potencias, ni de juntas, ni de constituciones, ni de lo que pasó en Bayona, ni de lo que hubo en el Escorial, ni de lo que se trataba en Paris, si los hombres no se lo hubieran parlato y predicado de palabra y por escrito, en prosa y en verso, en las calles, en las casas, y aun en los pulpitos? Ya se ve, venian los hombres contando agravios, y lamentándose de sus cuantas como dueñas, y consultando los motivos de su afliccion con las

mugeres; y ellas mirando como propias las ofensas del otro sexô, y por naturaleza mas sensibles y mas irritables, ¿qué habian de hacer sino añadir leña al fuego, y animar á la venganza? Y es un disparate creer que esto sea peculiar de la revolucion de España; en todas ha sucedido lo mismo; los hombres las mueven por pasiones é intereses, que las mugeres no conocen; estas no hacen mas que seguir el partido que los hombres les inspiran; pero mas extremadas en sus pasiones, y con menos arte para ocultar sus sentimientos, parece que son ellas las que comunican el primer impulso, siendo al contrario las que lo reciben. Añadan vmds. á esto la impunidad que les promete la debilidad de su sexô, y que las anima á decir mas francamente lo que piensan, y conocerán quan fácil es equivocarse en el juicio que se forma de la generalidad de la opinion de hombres y mugeres. Y si no vmds. han de ver que quando llegue el deseado dia en que los hombres conozcan su error, y se arrepientan de su terquedad, seguirán las mugeres el mismo rumbo, y se complacerán al ver que vuelven á disfrutar de la tranquilidad y placeres de que ahora las tiene privadas el deslumbramiento de los hombres.

He oido decir muchas veces, y así creo que es la verdad, que la ignorancia y el orgullo han sido los elementos de la insurreccion española; y si esto es así, no se necesita acudir á otro principio para disculpar en esta materia á las mugeres. No hablaré del orgullo, porque siempre es hijo de la ignorancia; y aunque no dexe de ser un vicio en las mugeres, siempre será mas disculpable que en los hombres. Pero si la insurreccion es hija de la ignorancia, ¿qué extraño hubiera sido que nosotras sin instruccion, y condenadas por la injusticia de los hombres á vivir privadas de los conocimientos que podrian aumentar las gracias con que naturaleza dotó á nuestro sexô, nos hubiéramos equivocado, y hubiéramos concebido ú aconsejado una lucha tan desigual y desacertada? Sí señores, es preciso que lo confesemos; las mugeres españolas hemos estado hasta ahora defraudadas del sagrado derecho de la educacion; los hombres, sí, vmds. los hombres nos han declarado incapaces de saber, y yo misma he oido predicar por esos pulpitos que era ofender á Dios enseñarnos á leer y escribir. Si tenemos alguna instruccion, si manifestamos penetracion y agudeza, demos gracias á nuestra natural perspicacia, y no al cuidado que han puesto los hombres en instruirnos. Yo me lleno de envidia quando oigo hablar del esmero con que en otras naciones se atiende á nuestra educacion, y no puedo menos de detestar esta bárbara esclavitud en que los españoles tienen á nuestros entendimientos, que aunque sea una muger quien lo diga, no merecen por cierto ser tratados con tal desden. No parece sino que los hombres temen hallar en las mugeres competidores de sus talentos, ó que todavía no han olvidado la doctrina del alcoran. Si las mugeres españolas reflexionasen á qué estado de nulidad han estado reuocadas hasta ahora, por esta razon sola, prescindiendo de otras muchas, deberían desear con ansia ver establecido y arraigado el nuevo gobierno, pues deben esperar que mirará su educacion como uno de los principios fundamentales de la pública felicidad, y entonces verá el mundo entero de quanto es capaz el ingenio natural de las españolas perfeccionado con la instruc-

ción, y quanto realce adquieren las gracias del cuerpo acompañadas con las del espíritu.

Nos instrúan en la piedad cristiana y en la práctica de las virtudes. Yo no soy de aquellas mugeres que se precian de *espíritus fuertes*, y que por parecerse en algo á los hombres hacen alarde en materias de religion de una fuerza de espíritu, agena de la debilidad de su sexo; pero tampoco soy de aquellas que piensan que Dios nos ha condenado á creerlo todo sin exámen, y que aborrecen la instruccion como enemiga de la virtud verdadera. Y volviendo al asunto principal de esta carta, díganme vmds. si esta arma terrible de la religion, que tanto daño ha hecho á los hombres en este trastorno de España, no ha debido hacerlo mucho mayor en nosotras. Quando oíamos decir que tendríamos que abjurar la religion de nuestros mayores; quando nos aseguraban que íbamos á ser dadas por esclavas á maridos bárbaros y desconocidos; quando se abusaba de nuestra credulidad, y se lisonjeaba nuestra confianza con milagros y prodigios; quando íbamos á buscar al pie de los altares el consuelo de nuestros males, y hallábamos engañosos paliativos que los exasperaban, y quando en fin acudíamos á delatarnos de nuestras flaquezas, y á buscar la paz de nuestras almas, y hallábamos al fanatismo sentado en el tribunal de la reconciliacion, que nos predicaba odio, venganza y rencor implacable, ¿qué habíamos de hacer, pobres de nosotras, sino salir del manantial de la paz como furiosas bacantes, y llevar á nuestras casas el sagrado furor que nos habia inspirado la piedad cristiana?

Estas reflexiones, á las cuales la penetracion de vmds. dará toda la fuerza que no ha sabido darles la rudeza de mi pluma, prueban, si no me engaño, que es una injusticia atribuir á las mugeres los males que padecemos, y que los hombres han sido los que se han engañado, y los que nos han engañado á nosotras, y los únicos autores de los disturbios que nos dividen y despedazan.

Pero si lo dicho no bastase, exáminen vmds. el estado que actualmente tiene la opinion en los dos sexos, y la conducta que observan hombres y mugeres. A nosotras nos tratan los hombres de obstinadas, y tercas y rencorosas; pero en esta ocasion mas tercós, y mas obstinados y mas rencorosos son ellos. Nosotras conocemos ya, y ellos no lo conocen todavía, que el mal que hacemos es contra nosotros mismos, y que si el valor aconseja la resistencia, la prudencia lo gradúa de temerario arrojo quando no se sabe obedecer á la lei de la necesidad. Mientras creímos las patrañas que forjaron los hombres para perdernos y perderse, pensamos como ellos, y acaforamos sus pasiones; pero luego que hemos visto por nuestros ojos que lo que ellos nos pintaban como insoponible tiranía es verdadera felicidad, y que los males que nos anunciaban no son otros que los que ellos nos causan con su obstinacion, hemos depuesto nuestro encono, y solo deseamos que los hombres nos den la tranquilidad á que naturalmente aspira nuestro sexo. No he oido decir que ninguna muger en esta guerra haya asesinado á sangre fria al enemigo dormido ó indefenso, ó turbado la tranquilidad y saqueado los bienes del ciudadano pacífico, como han hecho y estan haciendo los hombres, sin em-

bargo de que tales acciones hallarian en nuestra debilidad una disculpa, que no tienen en el sexo del vigor y de la fuerza. Nosotras sabemos cumplir con los sagrados deberes de la hospitalidad; y aun aquellas mismas que los hombres han prevenido contra los franceses, tratan con humanidad y cortesanía á sus huéspedes, disculpando su noble inconsecuencia con decir *que aquel es el único bueno*; y jamas nos ha ocurrido el atroz pensamiento... ¿qué digo ocurrir? nos avergonzaríamos eternamente de que hubiese habido entre nosotras, como lo ha habido entre los hombres, quien aconsejase el horroroso sacrilegio de convertir el hospedage en muerte. Ultimamente, ¿quieren vmds. una prueba mas decisiva de la diferencia de carácter que los hombres y mugeres han manifestado en esta revolucion? Pues acuérdense de que quando los españoles de Cadiz, aquellos que se preciaban de sacrificar todo respeto, y de exponerse á todo riesgo por amor de la patria, empezaron á conocer que los ingleses los engañaban, no se atrevieron á decirselo, y echaron cobardemente por capa rota á las señoras gaditanas para que dixesen su sentir al buen Rei Jorge; y aun no les dexaron decir lo que ellas pensaban, que mucho mas le pudieran haber dicho.

Aquí me pareció poner fin á mi apologia, dexando la carta sin concluir hasta leerla á Doña Tecla. Hicelo así; y mi amiga la escuchó con la mayor atencion, saltando de gozo á cada reconciliacion que oia contra los hombres. Luego que hubo acabado de leerla, se arrojó á mi, me abrazó, me besó, y me hizo quantas demostraciones de satisfaccion y agradecimiento pueden hacerse, diciéndome al mismo tiempo: ¡Excelente! ¡soberbio! ¡admirable! ¡es quanto cabe! ¡eso era lo que yo queria! Pero no hai mas. No, Doña Prudencia, añada vmd. mas todavía. Dígleles á esos señores que acá no somos perjuros como ellos, que quando se ven con el cuchillo á la garganta, piden perdón, y juran lo que luego no cumplen; que no esperamos á que nos den un empleo para mudar de partido; que no somos del Rei que ma paga; que con quien vamos vamos; y nunca haéemos á dos palos; que... Poco á poco, Doña Tecla, le respondí: acuérdesse vmd. que los hombres nos tachan de habladoras, y que si tanto les digo, saldrán con que bien se conoce que soy muger. Esta respuesta sosegó á mi amiga, y se contentó con pedirme por Dios que remitiese quanto antes esta carta á la gazeta. Así lo hago, señores redactores, esperando que vmds. tendran á bien comunicarla al público, para que oidas las dos partes, falle con conocimiento de causa lo que le parezca mas justo, que es lo único que en todas materias desea su atencísima servidora = Prudencia Paz.

Madrid 30 de mayo. Calle de Atocha, cerca de las Arrepentidas, casa á la malicia, sin número.

TRATRO.

En el de la Cruz, á las ocho de la noche, se executará la ópera en dos actos titulada los Muertos fingidos; se bailarán las boleros, y se dará fin con un divertido sainete.